

pierde la inocencia: 3.º, el escollo en que desaparece la caridad.

I. La curiosidad trata de examinar y comprender misterios incomprendibles; de ahí proviene la incredulidad. La curiosidad pretende penetrar secretos que el cielo ha querido ocultarnos; de ahí la superstición. La curiosidad inventa nuevos sistemas religiosos: ved ahí el origen de la herejía. La incredulidad, la superstición y la herejía son hijas de una curiosidad temeraria.

II. Hay tres clases de curiosidad, á saber: curiosidad de los ojos, curiosidad de los oídos, curiosidad del entendimiento; y es fácil demostrar, que esas curiosidades son el manantial ordinario de las tentaciones, que acaban por desterrar del corazón la inocencia.

III. Si nos informáramos curiosamente de la conducta del prójimo, para imitar sus virtudes y edificarnos con sus ejemplos, la curiosidad, lejos de ser un obstáculo para la salvación, mantendría en nuestro corazón el fervor y una santa emulación. Pero hemos de confesar, con san Bernardo, que nuestra curiosidad no desea conocer lo que tiene de bueno el prójimo, sino el mal que hace. Esta es nuestra natural propensión; esto es lo que nos gusta: averiguar malignamente los defectos de nuestros hermanos, para criticarlos y censurarlos. La curiosidad, pues, es un escollo para la caridad.

II.

La curiosidad, aún cuando no sea en materia grave, produce siempre los siguientes males: 1.º, hace que perdamos el tiempo: 2.º, que nos olvidemos de nosotros mismos: 3.º, que no alcancemos nunca la perfección.

I. Es indudable, que la persona curiosa pierde en visitas, conversaciones, viajes, etc. un tiempo precioso, que debiera emplear en el cumplimiento de las obligaciones del propio estado: la educación de la familia, la vigilancia de los domésticos, la oración, los ejercicios de caridad, etc. ¡Pérdida deplorable!

II. Nosotros debemos trabajar de continuo en la reforma del corazón. Pues bien, el hombre curioso, el que no piensa más que en escudriñar las acciones del prójimo, en saber lo que pasa, lo que se dice, descuida esta reforma tan necesaria, y sus intereses espirituales. ¿No es una necedad ocuparse de los otros y olvidarse de sí mismo?

III. La perfección se adquiere, principalmente, con la meditación de las verdades eternas, con el examen de la propia conciencia y la continua vigilancia sobre sí mismo. El curioso no será nunca

hombre de meditación; pues ésta pide recogimiento. Ocupado en examinar vidas ajenas, tampoco pensará en el examen de sus defectos; ni velará para que el enemigo no le sorprenda. Es imposible, pues, que haga ni un solo paso en el camino de la perfección.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non saturatur oculus visu, nec auris auditu impletur. ECCLÉS. I, 8.

Fascinatio nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiæ transvertit sensum sine malitia. SAP. IV, 12.

Vani sunt homines in quibus non subest scientia Dei. SAP. XIII, 1.

Altiora te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris. ECCLÉS. III, 22.

Quæ præcepit tibi Deus illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus. IBID. XXII.

Noli circumspicere in vicis civitatis, nec oberraveris in plateis illius. ECCLÉS. IX, 7.

Adolescentiores viduas evita... otiosæ discutit circuire domos; non solum otiosæ, sed et verbosæ, et curiosæ, loquentes quæ non oportet. I. TIMOTH. V, 11, 13.

Nunca se harta el ojo de mirar, ni el oído de oír cosas nuevas.

El hechizo de la vanidad del siglo oscurece el bien verdadero; y el inconstante impetu de la concupiscencia pervierte el ánimo inocente.

Vanidad, y no más, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.

No te metas en inquirir lo que es sobre tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas.

Piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios, y no seas curioso escudriñador de sus muchas obras.

No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad, ni vagueando de plaza en plaza.

Viudas jóvenes no las admittas... por cuanto estando ociosas ó teniendo poco trabajo, se acostumbra á andar de casa en casa: no como quiera ociosas, sino también parleras y curiosas, hablando de cosas de que no deberían hablar.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La mujer de Lot, llevada de la ligereza tan comun en su sexo, y olvidando las advertencias de los ángeles, que la sacaron por fuerza de la ciudad nefanda, quiso volverse por mera curiosidad para ver como se abrasaban aquellos infames habitantes; pero fué castigada terriblemente, quedando convertida instantáneamente en estátua de sal. GENES. XIX.

Aunque la curiosidad no siempre es pecado en sí misma, casi siempre es ocasion de culpa: así lo vemos en la desgraciada Dina, hija de Jacob. ¿Qué podia darse más natural á la inclinacion de su sexo, que el acto de salir de su tienda para ver á las mujeres de aquel país, siendo extranjera? Pues bien; esta curiosidad fué origen de un sin número de desastres, que pueden leerse en el capítulo 34 del Génesis.

A la curiosidad profana y no á otra cosa debe atribuirse el castigo que Dios fulminó contra los setsamitas, dando muerte repentina á setenta de los ancianos del pueblo y á cincuenta mil del vulgo, por haber mirado con curiosidad ilícita el interior del arca del Señor, I REG. VI. Así lo explican los sagrados expositores.

No debemos pasar en silencio el cúmulo de desgracias de que fué objeto el incauto David, de resultas de una mirada curiosa y entretenida: ésta produjo un adulterio, y un homicidio, los cuales fueron castigados con muertes, asesinatos, estupro, guerras y otras calamidades. II REGUM. XI, 19.

Léase el capítulo II del Eclesiastés, en el cual se ven los frutos que Salomon sacó de toda su curiosidad; vanidad y solo vanidad, acabando por decir: *renuntiavitque cor meum ultra laborare sub sole.*

En el Evangelio vemos tambien las respuestas con que Jesucristo ataca las preguntas de los curiosos, y contesta á las exigencias de los incrédulos: *Generatio mala et perversa signum querit, et signum non dabitur ei.* MATH. XII. Igual conducta observó con Herodes y Pilatos, y con aquellos discípulos, que, en el acto de dejarlos para subir al cielo, le preguntaron si habia llegado el tiempo de reorganizar el reino de Israel: *Non est vestrum, les contestó, nosse tempora vel momenta, quæ Pater posuit in sua potestate.* ACTOR. I.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Volentes gaudere (curiosi) forinsecus facile evanescent, et effunduntur in ea quæ videntur, et temporalia sunt, et imagines rerum famelica cogitatione lambunt. S. AUGUST. LIB. 9. CONFESS. CAP. 4.

Sunt qui scire volunt, tantum ut sciant: et turpis curiositas est. S. BERNARD., SERM. 36 IN CANTIC.

Vanus labor, qui studio vanitatis assumitur. IDEM, DE CONVER. AD CLER. CAP. 12.

Cave curiositatem, omittit curas alienæ vitæ; nulla curiositas animum tuum decipiat, ne tu oblita tuorum morum, alienos perquiras. IDEM, DE MODO BENE VIVENDI.

Curiositas damnosa peritia est, ad hæresim provocat, in fabulis sacrilegas præcipitat mentem, in causis obscuris reddit audaces, in rebus ignotis facit homines præcipites. IDEM, IBID.

Los curiosos inclinados á divertirse con frecuencia, se dejan enajenar por los sentidos; su corazón se derrama en los objetos exteriores y temporales, corriendo con avidez tras las sombras de los bienes reales.

Muchos quieren saber por el solo prurito de saber; mas esto es una curiosidad reprehensible.

Es vano todo trabajo, que solo se emprende por un espíritu de curiosidad.

Guárdate de la curiosidad, no te cuides de la conducta ajena: jamás te dejes dominar por este vicio, no sea que examinando las costumbres de los demás, descuides las tuyas.

La curiosidad es una erudicion nociva, porque inclina á la herejía y arrastra al entendimiento á gozarse en cuentos sacrilegos; en los negocios difíciles hace á los hombres osados, y cuando se obra por ignorancia, se obra con precipitacion.

Véase: CONCUPIENCIAS (LAS TRES).